

ALVIN y HEIDI TOFFLER
LAS GUERRAS DEL FUTURO

SI QUIERES LA PAZ PREPARA LA ANTIGUERRA

Por F. JAVIER FRANCO SUANZES

TOFFLER, Alvin y Heidi. War and Anti-War (1993). Editado por Little Brown & Co. Edición en español, Las guerras del futuro (1994). Ediciones Plaza & Janes.

Los escritores estadounidense Alvin y Heidi Toffler, son universalmente conocidos por los estudios emprendidos en el área de la prospectiva. Los autores, cuyas obras han sido traducidas a más de 30 idiomas, están en posesión, entre otros, de los siguientes premios: Prix du Meilleur Livre Étranger (Francia) y McKinsey Book Award (EEUU). El matrimonio ha publicado distintas obras entre las que se puede citar: *El shock del futuro* (1970), *La tercera ola* (1980), *El cambio del poder* (1990), y *Creando una nueva civilización* (1995).

Ante la proximidad del tercer milenio, el matrimonio Toffler reflexiona con espíritu prospectivo sobre el futuro de la guerra y la «antiguerra», considerada esta última, como la adopción de estrategias que garanticen la vida en paz. En la introducción, los autores fijan la tesis de su obra:

«...Nuestro modo de guerrear refleja nuestro modo de ganar dinero, y la manera de combatir contra la guerra debe reflejar la manera de librarla».

Para poder explicar su propia tesis, los Toffler recurren a los argumentos de su libro «*La tercera ola*». Según esa obra la humanidad ha pasado por unas transiciones críticas que han determinado nuevas civilizaciones. El autor designa esas crisis o transformaciones como «olas».

La primera ola se caracteriza por el descubrimiento de la agricultura; la civilización correspondiente a esa ola se encuentra apegada a la tierra y estaría representada por la azada. La segunda se inició con la revolución industrial. Es la civilización de la producción en serie, de las grandes masas de obreros, de la máquina de vapor, el secularismo, la conscripción masiva y donde las sociedades industriales se encontrarían representadas por la cadena de montaje. La tercera es consecuencia de la aparición de la revolución tecnológica. Es la sociedad del conocimiento, de la alta tecnología, de la informática, de la comunicación, de la educación y el adiestramiento, de la producción selectiva, del ecologismo y donde la capacidad de acceso a la información se convierte en un recurso crucial. Estaría representada por el ordenador.

El problema consiste en que a pesar de estar en los umbrales del siglo XXI y que se podría pensar que avanzamos hacia un mundo sin guerras, lo cierto es que no se vislumbra una situación estable. Las esperanzas y el «*júbilo insensato*» que el fin de la «*guerra fría*» introdujo en la panorámica mundial, no nos puede hacer caer en la tentación de pensar que estamos libres de conflictos, ni que el mero hecho de vivir en estados democráticos nos va a preservar de los horrores de la guerra. Tampoco podemos pensar que los conflictos quedarán confinados en remotos y pequeños estados sin recursos.

Para aportar soluciones que pongan fin a esas guerras futuras, se hace necesario conocer a fondo su génesis. No parece que esas soluciones pasen por las típicas proclamas moralistas de «*discursos, oraciones, ni sentadas pacifistas*». Tampoco parece que la solución sea dar rienda suelta a estados emotivos de llanto y dolor.

El verdadero esfuerzo se sitúa en el análisis adecuado de la guerra y la «*antiguerra*». Los conceptos que tenemos hoy día están obsoletos y anticuados. Hemos analizado los conflictos pasados y pretendemos aportar las soluciones a unas guerras que no serán las que tendremos en el futuro.

Los cambios revolucionarios que se han producido en el mundo y que han dado origen a una tercera civilización, van a modelar la nueva guerra de acuerdo a esa civilización y por tanto, no podemos pretender atacar ese

conflicto con procedimientos de la segunda ola. Es necesario adoptar acciones revolucionarias en la búsqueda de la paz. Para ello, hay que comprender que las transformaciones que experimenta el poder militar y la tecnología bélica, corren de manera paralela a las transformaciones económicas y sociales. Para evitar el conflicto, será necesario adoptar una estrategia actualizada de la «*antiguerra*».

El tratamiento que hace el matrimonio Toffler sobre los aspectos del conocimiento, resulta especialmente relevante, lo que en el tratamiento global de la guerra y la «*antiguerra*» no podía permanecer ignorado.

Lo que conocemos y lo que se ha escrito sobre el conflicto está obsoleto. Cabría esperar que el próximo enfrentamiento esté más marcado por la disputa económica, debido a que en la nueva sociedad de la tercera ola estos aspectos adquieren una especial relevancia, pero sin duda alguna, la guerra geoeconómica no descarta el enfrentamiento militar. Los Toffler justifican esa afirmación al indicar que:

«El razonamiento geoeconómico resulta inadecuado por dos razones aún más fundamentales: es demasiado simple y está anticuado. Simple porque trata de explicar el poder mundial sólo en términos de dos factores, el económico y el militar; anticuado, porque desdeña el creciente papel de los conocimientos (ciencia, tecnología, cultura, religión,...) que constituyen hoy en día el meollo de los recursos de toda economía avanzada así como de la eficacia militar». «La humanidad no está penetrando en la era de la geoeconomía sino en la de la geoinformación».

Al analizar la guerra, y en un momento en que está finalizando la civilización industrial, un aspecto importante que debe ser considerado es la teoría del conflicto de olas. Los grandes cambios, como son los que se originan con las mutaciones de civilizaciones, provocan importantes fricciones. Para los Toffler, es difícil concebir un cambio masivo de la índole antes indicada, sin que se produzca el conflicto.

«Cuando se estrellan las olas de la historia se enfrentan civilizaciones enteras»

En la transición de la primera a la segunda ola, se produjeron enfrentamientos entre la sociedad industrializada de la segunda ola y grupos de terratenientes de la primera, con el apoyo en muchos casos de la propia Iglesia. Esos enfrentamientos, que «*bisecaron*» el mundo, se producían en cada país que alcanzaba la industrialización. De esta manera, se estable-

cían dos sociedades: una dominante y avanzada de la segunda ola, y otra dominada y más atrasada, reducida a grupos y espacios confinados de la primera.

Así pues, en la teoría del conflicto de olas, los cambios más radicales en los campos estratégico y económico, no se sitúan en un desplazamiento de los centros del poder de una zona geográfica a otra, ni de un grupo étnico a otro, ni de una religión a otra. La transformación más importante queda determinada por la existencia simultánea de tres civilizaciones diferentes, cada una, distinta de la precedente y con grandes posibilidades de fricción.

Pasamos a vivir en lo que los autores denominan un mundo «*trisechado*». Así como la aparición de la segunda ola provocó una división en dos civilizaciones claramente diferenciadas, con la nueva civilización aparece una nueva esfera de actividad. Cada una de esas esferas de actividad o de civilizaciones, proporciona a la humanidad los recursos propios característicos de ellas; así, la civilización de la primera ola proporciona los recursos agrícolas y mineros, la civilización de la segunda ola proporciona la mano de obra barata y la tercera aporta el conocimiento como fuente inagotable de progreso y creación.

Esta situación, modifica la estructura de la sociedad, aumentando la heterogeneidad, lo que ocasiona un incremento de tensiones entre la civilización de la tercera ola y las dos precedentes. De la misma manera que en los siglos anteriores las nuevas civilizaciones trataron de ejercer su hegemonía sobre la anterior, la nueva sociedad de la tercera ola tratará de establecer su hegemonía mundial.

En este marco, es fácil prever alguno de los fenómenos conflictivos que caracterizan una sociedad en profunda transformación. Entre ellos, merece la pena destacar lo que el autor califica de «*desbocados nacionalismos actuales*», que no es otra cosa que un desfasado reducto de la segunda ola.

Para el matrimonio Toffler, el nacionalismo es la ideología de la Nación-Estado que constituye un producto de la revolución industrial. Cuando la economía y las finanzas mundiales de la tercera ola asumen, día a día, papeles más globales, perforando y ocupando parcelas de soberanía nacional, los nacionalismos de la segunda ola se refugian en los símbolos de su propia identidad.

«Mientras que poetas e intelectuales de regiones económicamente atrasadas escriben himnos nacionales, los poetas e intelectuales de los países de la tercera ola cantan las virtudes de un mundo sin fronteras. Las colisiones resultantes, reflejo de las agudas diferencias entre las necesidades de dos civilizaciones radicalmente diferentes, podrían suscitar en los próximos años un derramamiento de sangre de la peor especie».

Cada uno de los choques de las olas origina cambios revolucionarios que modifican el comportamiento de la sociedad. Como no podía ser de otra manera, el estamento militar se ve caracterizado e influenciado por cada transformación. Con la tercera ola, alcanzan sus límites extremos tres parámetros distintos de la evolución militar: el alcance, la velocidad y la letalidad. Se producen de esta manera cambios espectaculares y fantásticos en la conducción de la guerra.

Estamos pues en presencia de una revolución militar que se inicia cuando se da ese choque entre olas o civilizaciones, lo que obliga a cambiar la estrategia, la táctica, las organizaciones, la doctrina y el adiestramiento.

Para analizar las características de cada una de las formas de hacer la guerra en las distintas civilizaciones hay que tener en cuenta la tesis de los Toffler según la cual:

«A lo largo de la historia, el modo en que los varones y las mujeres hacen la guerra ha constituido un reflejo del modo en que trabajan».

En el método de crear riqueza de la primera ola, caracterizada por la revolución agrícola, el hombre trabaja la tierra con útiles y aperos de labranza manuales y rudimentarios, el desarrollo de su trabajo manual lo realiza mediante la fuerza bruta, la producción es baja y la necesidad de mano de obra esencial. Consecuentemente los ejércitos de la primera ola emplean armas desiguales y primitivas, el combate es cuerpo a cuerpo, la capacidad de destrucción muy limitada y la necesidad de hombres para garantizar el éxito en la lucha es asimismo decisiva.

En resumen, se puede decir que las guerras de la primera ola se corresponden fielmente con las sociedades agrarias que las originaron.

El método de crear riqueza de la segunda ola se caracteriza por la producción en serie, por las grandes masas de obreros, la estandarización, o la división en el trabajo. Todo ello en plena correspondencia con la actividad militar de la destrucción en masa, la movilización y el reclutamiento, la uniformidad, o con las especialidades militares.

No cabe duda que con la civilización de la segunda ola, la guerra alcanzó su máximo potencial destructivo y su carácter absoluto al afectar a toda la nación, «*descubriendo el terrible potencial destructivo de la industrialización de la muerte*».

Las guerras de la tercera ola reflejan y reflejarán, como no podía suceder de otra manera, su propia civilización. El método de crear riqueza de esa civilización se caracteriza por los siguientes factores: el conocimiento como factor esencial en la producción; la desmasificación de la producción en serie; la necesidad de mayor cualificación para acceder a los puestos de trabajo, lo que imposibilita el intercambio laboral; la innovación continua para poder competir; el tamaño reducido y diferenciado de los equipos laborales; la desaparición de la uniformidad burocrática; la aparición de nuevas formas de dirección y de «integración sistémica»; la integración mediante redes electrónicas; y por último la gran velocidad y aceleración en todo tipo de transacciones.

Todos esos parámetros, exponentes de la forma de hacer riqueza de la tercera ola, son también propios de la forma de desarrollar su modo de guerrear específico, que va a tener sus propias características diferenciadoras de la actividad bélica en épocas precedentes. Al igual que en las sociedades avanzadas coexisten economías de la segunda y tercera ola, en las guerras actuales se presentan formatos bélicos que combinan los modos y maneras de civilizaciones anteriores.

Entre las características que definen el formato de la tercera ola, la más significativa es que el frente ya no define el lugar donde se desarrolla la batalla principal, porque el combate se ha extendido, se ha alargado en todas las dimensiones: distancia, altura, y tiempo. Ahora el frente se encuentra tanto en la vanguardia como en la retaguardia, y ésta es mucho más profunda. En ella, se incluyen los centros de mando, control y comunicaciones del enemigo, su cadena de apoyo logístico, y su sistema de defensa aérea.

En esta nueva forma bélica, el conocimiento es el recurso crucial de la capacidad de destrucción; la iniciativa, la información, la preparación y la motivación en los soldados es más importante que su puro número; los daños serán selectivos disminuyendo los colaterales; las armas inteligentes van a requerir soldados inteligentes; los nuevos sistemas bélicos necesitan menos dotación de personal y disponen de mucha más potencia de fuego; la gran complejidad militar necesita de la integración de sistemas; la infraestructura es cada vez más profunda y extensa; y por último, las operaciones se llevarán a cabo con extraordinaria velocidad y aceleración.

Cada civilización libra sus contiendas con características diferentes; en la nueva doctrina se pone en tela de juicio el concepto de «masa», los ataques por sorpresa se deberán concentrar en el punto más débil, en vez de tratar de atacar el punto decisivo. Las nuevas operaciones deberán ser capaces de proyectar potencia y fuerzas a gran distancia y se insiste en la necesidad de realizar operaciones combinadas y conjuntas, así como, en la realización de ataques simultáneos sincronizados y controlados en tiempo real.

En un ejercicio prospectivo, y todavía dentro de la civilización de la tercera ola, los autores, advierten que se seguirán produciendo cambios tecnológicos importantes que van a modificar los planteamientos de las guerras y las «*antiguerras*», lo que obligará a nuevos desarrollos mentales de los pensadores de esas guerras y «*antiguerras*».

La guerra total y la destrucción masiva, producto del enfrentamiento nuclear entre las grandes potencias se aleja del horizonte de los conflictos de la tercera ola, sin embargo afloran infinidad de «*amenazas autónomas*»: luchas separatistas, disputas fronterizas, conflictos étnicos y religiosos, terrorismo... que se extienden por todo el planeta. Lo que a primera vista parecen disputas lejanas o insignificantes para el mundo occidental, adquieren una influencia decisiva en cualquier lugar de la tierra ante la existencia de una economía global cada vez más interconectada.

En ese escenario surgen múltiples proyectos de tecnología avanzada que van dirigidos hacia «*la actividad bélica autónoma*», sembrando la duda y la incertidumbre en el ámbito geopolítico y social. Los autores consideran que hay que afrontar esta situación:

«Quienes sueñan con un mundo más pacífico deben olvidar las viejas pesadillas del invierno nuclear y empezar a usar ahora mismo su imaginación para pensar en la política, la moral, y las realidades militares de la actividad bélica autónoma en el siglo XXI».

Las innovaciones tecnológicas pasarán por un aumento de la actividad espacial. El espacio se ha convertido para la guerra en «*una cuarta dimensión*», ya sea para la detección y vigilancia bélica, como lugar de lanzamiento de armas, o para fines pacíficos en la supervisión de los acuerdos de convenios y tratados.

Otras innovaciones que caen en la actividad bélica de la tercera ola, incluyen el empleo de robots con fines militares. Su uso como mano de obra resulta más barato, son inmunes a las armas biológicas y químicas, y sus

bajas en el campo de batalla serán mucho más aceptables a los ojos de una sociedad y una opinión pública, que cada vez influyen más en las decisiones de los gobernantes.

En este campo de «*futuribles*» de la tercera ola, aparecen otras opciones como el empleo de micromáquinas, lo que los autores denominan «*hormigas robóticas*»; o armas biológicas, químicas -a pesar de su prohibición-, y ecológicas con capacidad para producir todo tipo de catástrofes. Pueden aparecer, asimismo, armas incruentas, concebidas para producir el menor número de bajas colaterales. Esta última actividad plantea la reconsideración de la guerra y la diplomacia, y obliga a desarrollar una nueva estrategia para la guerra incruenta.

En el mundo complejo que vivimos y ante la diversidad de conflictos, el empleo de armas letales puede empeorar la situación, por ello, las armas incruentas pueden ser de gran utilidad. Se abre un espacio de acción espectacular entre la diplomacia y la guerra:

«La no letalidad surge así no como una simple sustitución de la guerra o una prolongación de la paz, sino como algo diferente y radicalmente nuevo en la escena internacional; un fenómeno intermedio, una pausa, un campo para la pugna donde la mayoría de los desenlaces se decidirían de un modo incruento».

Todas estas innovaciones son un reflejo de la actividad de la tercera ola con su paralelismo en la economía y la civilización de la época. Pero toda esa actividad bélica de la tercera ola, no quedará determinada exclusivamente por los medios materiales. En medio de todos ellos y como un hilo conductor surge como verdadero protagonista «*el sistema naciente de creación de riqueza y la sociedad del mañana: el conocimiento*». Se hace pues necesario el desarrollo de su estrategia específica.

A medida que entramos en la actividad bélica de la tercera ola aparecen intelectuales, que los autores denominan «*guerreros del saber*», dedicados a trabajar en la idea del conocimiento para prevenir o ganar guerras.

Las funciones esenciales que completan todo el proceso del conocimiento, que nosotros podríamos denominar inteligencia, incluyen la adquisición, procesamiento, distribución y protección de la información. Las cuatro actividades se hallan interrelacionadas. Los cambios en todos los aspectos de la actividad bélica tienen una repercusión muy directa en este área del conocimiento y ello exige, sin duda, una drástica adaptación.

Cada una de estas funciones tiene su propia correspondencia en el mundo civil. Como síntesis de las ideas renovadoras que sobre ellas tienen los autores, merece la pena destacar: la necesidad de modificar los procedimientos de obtención de información y los servicios que se dedican a ello; la privatización de parte de esos servicios; la importancia de seleccionar la información para evitar la saturación; la exigencia de poner un mayor énfasis en la calidad sobre la cantidad; la conveniencia de no proteger la información salvo la que sea imprescindible.

Dentro de la estrategia del conocimiento, los Toffler prestan especial atención a los medios de comunicación, pues según los autores, los combates del mañana se desarrollarán tanto en los campos de batalla como en esos medios de comunicación. La propaganda militar va a actuar a distintos niveles siendo especialmente relevante en el nivel estratégico. Dado que la economía de la tercera ola ha desarrollado múltiples canales informativos: TV, vídeos, radio, ordenador, fax,... todos ellos pueden transmitir tanto información como desinformación.

Los actuales elementos informativos conforman sistemas interactivos donde se transmite e intercambia todo tipo de ideas y noticias. Por ello, una propaganda mal realizada desde arriba puede ser contrarrestada con una gran diversidad de medios desde abajo. Esa situación, exige la difusión de los mensajes preparados para lograr el máximo efecto hacia el ámbito específico al que van dirigidos.

Para los autores, las políticas relativas a la manipulación de los medios de comunicación constituyen un elemento esencial en las estrategias del conocimiento. Desarrollar esa estrategia no implica aplicar criterios dictatoriales sino hacer uso de las mejores ventajas que proporciona la libertad. Su empleo será fundamental en las guerras y las «*antiguerras*» del futuro.

Uno de los efectos de los cambios de la nueva civilización y su forma bélica correspondiente, es la ruptura de los equilibrios militares. Lo que más inquieta a aquellos que se preocupan por la paz y la seguridad es la aparición de cambios y alteraciones rápidos en los poderes establecidos. Tras el fin de la guerra fría y los últimos cambios internacionales, surge un período de duda e incertidumbre, más aún cuando las mentes dirigentes, políticas y militares, de la primera potencia del mundo se encuentran sumidas en una gran desorientación.

Las políticas de defensa sufren esa desorientación que se ve agravada con los problemas presupuestarios. En un análisis lógico, la estrategia debe

determinar el presupuesto militar, la contradicción surge en las circunstancias actuales, donde es el presupuesto el que condiciona la estrategia y además esta circunstancia se agrava ante las presiones políticas locales y las rivalidades y disputas entre los diferentes ejércitos. El resultado final es que el presupuesto no se ajusta a las verdaderas necesidades.

Otro factor de riesgo que es necesario analizar, es el de las tecnologías de doble uso. En el período final de la civilización de la segunda ola, los grupos pacifistas influyeron en el desmantelamiento de las industrias bélicas y su transformación en industrias de uso civil. Esas industrias producían armas concebidas específicamente para matar, si bien, también existían algunos artículos de uso dual. Actualmente con la diversificación de productos para atender un mercado desmasificado de la tercera ola, la mayoría de esos productos adquieren la capacidad de doble uso. Los ejércitos de esta última civilización se encuentran inmersos en la misma tecnología civil.

El problema se complica, pues la asociación de las destructivas armas de la segunda ola, con las inteligentes y precisas de la tercera, forman una combinación explosiva. Si a la situación estratégica actual superponemos la anterior capacidad de infringir daños, el sistema global que se avecina aparece con una *«apariencia cada vez más siniestra»*.

Otro riesgo importante es la proliferación nuclear, pues mientras esas armas permanecieron en poder de regímenes estables, resultó posible su control. La desintegración de la URSS y el contrabando nuclear han propiciado una situación bien distinta. Además, con la llegada de la civilización de la tercera ola, la explosión de la información, la globalización y la extensión del conocimiento de tecnologías avanzadas, la capacidad para desarrollar armamento nuclear se extenderá de manera inexorable. El problema más grave de esta situación es que ese armamento puede caer fuera del control de las Naciones-Estado, lo que hará inútil el concepto de disuasión. Como dice Builder:

«No cabe disuadir a un adversario con la represalia atómica sino existe una sociedad definible a la que amenazar, con lo que nos aguarda una asimetría aterradora».

Otro factor de riesgo tratado por los Toffler sería la dudosa eficacia sobre la que se apoya el actual entramado de seguridad: el desarrollo económico y la interdependencia que genera el sistema global, no es suficiente para garantizar la paz al complicarse y ramificarse las relaciones entre países, haciéndolas imprevisibles; las organizaciones internacionales que aporta-

ban estabilidad, van a asumir un papel menos eficaz y reducido, en un mundo de la tercera ola controlado por agentes no nacionales; la antigua inviolabilidad de las fronteras, será perforada por una economía que atraviesa los límites nacionales existentes y por la pérdida de soberanía de las Naciones-Estado, tanto por arriba, con organizaciones supranacionales, como por abajo, por grupos nacionalistas y autonomistas.

Es también necesario analizar los nuevos puntos de fricción que se multiplican y ensanchan: las recientes ansias secesionistas de minorías ricas en zonas de recursos limitados como Rusia, China, Brasil o India; la aparición de barreras aduaneras y división en bloques comerciales como reacción a una economía cada vez más global; el fanatismo religioso, que se opone al secularismo de la segunda ola y que se apoya en el resurgir de nuevos fervores religiosos producto del desengaño marxista y fracaso socialista.

En la próxima década, coexistirán civilizaciones de la primera, segunda y tercera ola, cada una con sus propios intereses y proyectos, lo que puede propiciar el enfrentamiento. Al igual que hemos inventado una forma de guerra de la tercera ola, será pues necesario la invención de una nueva forma de paz.

Para desarrollarla los autores proponen una serie de iniciativas en un entorno difícil por la pérdida de influencia de la Nación-Estado, ante tecnologías de doble uso que hacen inútil el desmantelamiento del complejo industrial-militar, y con una ONU anclada en el pasado. Es necesario aportar ideas innovadoras.

El matrimonio Toffler propone las siguientes iniciativas: la necesidad de establecer estrategias coherentes del conocimiento de la paz; el establecimiento de una fuerza armada apolítica y profesional constituida de voluntarios de muchas naciones; el apoyo de información de inteligencia que provenga del interior; la apertura de nuevas áreas informativas como pudieran ser las posturas de grupos y personajes políticos, presiones estructurales, y los alicientes o limitaciones en que se fundamentan las tomas de decisiones; el establecimiento de recompensas para aquellos que delaten el contrabando nuclear; el control de las fuentes del conocimiento evitando la fuga de cerebros; o el empleo de propaganda pacifista. Para los autores:

«Resulta inexcusable que no se desarrollen estrategias sistemáticas utilizables. La transparencia, la vigilancia, el control de armamentos, el empleo de tecnología de la información, los servicios informáticos, la interdicción de servicios de comunicación, la propaganda, el paso

de las armas letales a las de letalidad baja o nula, el adiestramiento y la educación son todos ellos elementos de una forma futura de paz».

«El antiguo orden mundial, construido a lo largo de siglos de industrialización, ha quedado hecho añicos. La aparición de un nuevo sistema de creación de riquezas y de una nueva forma bélica exigen una nueva forma de la paz, pero a menos de que ésta refleje con precisión las realidades del siglo XXI, resultará quizás no sólo irrelevante sino además peligrosa».